

Un
guerrero
llamado
Chimalli

Jorge Vázquez Ángeles



EN MATERIA DE CARICATURAS, el inicio de *Mazinger Z* es uno de los más espectaculares: un robot de dieciocho metros de altura que emerge de una piscina cada vez que las fuerzas del mal amenazan con imponer su estado de terror. La robótica, esa ciencia que tantas veces nos ha defraudado, se asocia más con los recuerdos de infancia de quienes nacimos en la década de los setenta que con humanoides que llevan el desayuno a la cama. Por eso me sorprendió que el 13 de diciembre del año pasado, las redes sociales hicieran escarnio de una escultura roja semejante a un robot, que lo mismo aparecía retratada junto a los *Power Rangers*, *Ultraman* o *Godzilla*, que a una Cabeza de Juárez voladora, escultura que a mi parecer representaba el máximo nivel de monstruosidad de la escultura anatómica-monumental mexicana, al menos en el Valle de México (desde luego que existen cientos de ejemplos lamentables en camellones o plazas, pero nada que un nutrido grupo de vecinos no pudiera derribar en un arranque de cólera).

En primera instancia pensé que era una broma, un fotomontaje, pero la cosa iba en serio. Dardos e invectivas se dirigían hacia el escultor chihuahuense Sebastián, autor de la pieza, quien por medio de su geometrismo ha encantado a políticos de todas las filiaciones e ideologías posibles en México y en otros países. Según los periódicos, el “Guerrero Chimalli” costó 30 millones de pesos, mide 75 metros de alto (65 de la escultura, más 10 del basamento), y pesa cerca de 600 toneladas.

A pesar de los memes, valía la pena ir hasta Chimalhuacán a contemplar la obra número 200 de Sebastián, imaginando que iba a encontrarme con una reproducción de *Mazinger Z*, aunque fuera cuarenta y siete metros más alta que el ídolo de mi infancia.



Es domingo y el viaje hasta el metro Pantitlán de la Línea 1 del metro resulta tranquilo: no hay colas ni aglomeraciones. Antes de salir de la estación, pienso que esos mismos pasillos que ahora lucen amplios y vacíos, entre semana deben de resultar insuficientes para las miles de personas que se trasladan desde el Estado de México al centro del Distrito Federal. Tras subir, bajar y recorrer un largo pasillo en permanente obra negra, una amplia plaza precede la entrada al Mexibús, la versión mexiquense del Metrobús. La mayoría de las máquinas expendedoras no sirve; un técnico me recomienda que le pague a alguien el costo del boleto para poder entrar. Antes de que termine de explicarle lo que necesito, una señora acepta mi dinero.

La ruta 3 del Mexibús corre de Pantitlán al centro de Chimalhuacán; hay tres servicios, el ordinario y dos expresos. Hasta Guerrero Chimalli —así se llama la



Fotografías: Jorge Vázquez Ángeles

estación en honor al nuevo símbolo de Chimalhuacán— son dieciocho paradas. A lo largo de la avenida Bordo de Xochiaca se realizan obras en el camellón, con la encomienda de convertirlo en un parque horizontal con árboles, palmeras y un canal atravesado por puentes.

El viaje transcurre sin incidentes. No es que la visita al Oriente profundo me decepcione porque no veo criminales en acción, operativos policiacos, huestes de *La Loba* o niños famélicos pidiendo limosna. La constante son calles de tres carriles que parecen no tener fin, casas construidas con tabicón desnudo (si la obra no se va a terminar nunca tiene que estar construida con tabicón), y los tinacos *Rotoplas* que como puntos lanzados al aire separan la irregular sintaxis de un municipio similar a delegaciones como Iztapalapa y Gustavo A. Madero.



Hubieran planeado mejor la ubicación de la parada del Mexibús: al salir sólo se ve el largo camellón con flores y árboles recién sembrados, y el canal de piedras que simula el cauce de un pequeño riachuelo. Hay que girar para descubrir el trasero gigante del Guerrero Chimalli y su faldón desigual. Algo raro le ocurre al basamento, pintado en color perla con cornisas y grecas en tono obispo: para sostener una mole de 600 toneladas, parece hecho de merengue. En su particular cosmogonía, en el planeta Sebastián no hay cabida para la pirámide, estructura más afín, sino para un torreón con tufo medieval. Una inspección más cercana revela un defecto en una de las esquinas de esta pieza que no es un cubo pero que tampoco termina de ser un prisma. Un golpe con los nudillos desbarata la ilusión del robusto basamento que ha sido forrado con *Tablaroca*, material que da forma a nichos, cornisas y grecas.

Visto de frente, a la distancia, el Guerrero Chimalli fluctúa entre el rigor de su posición de firmes y el desequilibrio del brazo-mirador, el escudo y el penacho, “su erguida testa empenachada”, dice la placa que explica los motivos de esta “alegoría, como una materialización plástica de la férrea voluntad de los ‘pueblos del lago’ de defender, con las armas en la mano, su tierra, sus razas y sus culturas”. Sujeto a la tierra por medio de 65 pilotes hincados a 28 metros de profundidad, un luchador de plástico tiene más dinamismo que la estatua.

Por desgracia el mirador aún no está listo. Ni el Guerrero Chimalli se ha salvado de la pésima costumbre nacional de inaugurar obras inconclusas. Dos elevadores habrán de conducir al público a las alturas para que disfrute de la panorámica de la primera obra de Sebastián que “interactúa con la gente”.

Afuera, una extensa manta colgada a lo largo de un puente peatonal expresa el sentir de los habitantes de Chimalhuacán respecto a la estatua: “Bienvenido Guerrero Chimalli”. Una mujer que atiende una de las unidades de baños públicos me pregunta: “¿Y viene muy seguido por acá?”. “No”, le contesto, y antes de que mi

negativa la ofenda de algún modo, reviro: “¿Qué le parece el Guerrero?”. La mujer levanta la vista para mirar la mole roja que se ha convertido, para bien o para mal, en un elemento de identidad, en una referencia para un pueblo sin Norte. “Quedó bien, ¿no?”.



Dice Sebastián que la construcción de la Torre Eiffel desató airadas polémicas entre los parisinos, y que su guerrero no es la excepción. Sólo es cuestión de que nos acostumbremos. Hasta los zapatos más incómodos un buen día dan de sí.

Personas entran y salen de la pequeña galería dentro del basamento, donde toman fotos y admiran las imágenes que dan cuenta del proceso constructivo del gigante y de la temeridad de pintores y soldados que a cincuenta metros del suelo trabajaron sin arneses ni cuerdas de seguridad. Otras fotografías manifiestan el avance de Chimalhuacán, traducido en albercas, clínicas y bibliotecas. Las placas oficiales inmortalizan a un presidente municipal, a un diputado y al dirigente de la organización política Antorcha Campesina. Este último detalle me llama la atención. Vuelvo a caminar para ver al Guerrero Chimalli a la distancia. Los malpensados dirán que la maza o *macuauitl* no es tal, sino la representación de la antorcha que ilumina Chimalhuacán. 

